

Espíritus de tinta (cap IV)

Carolina Silva



Image not found.

Capítulo 1

Prólogo

Los dos jóvenes forcejeaban en el medio de la estación de servicio abandonada.

Ella se revolvía, con furia e impotencia entre los brazos del mayor, que la apresaba con firmeza contra su pecho en modo de poder izarla por completo cuando, en un nuevo arrebató, intentaba zafarse con todas sus fuerzas de la prisión humana en la que se encontraba. Aún llevaba puesto el pijama, y su pelo, por naturaleza desordenado, caía sobre su rostro crispado por la rabia en mechones alborotados.

Era una noche sin luna. Hacía frío y el denso silencio que los engullía era la prueba más concreta de que no había ni un edificio habitado por kilómetros a la redonda.

Traidor, pensaba la joven con amargura, mientras se veía conducida al centro de ese espacio apartado del mundo. Su captor le golpeó el interior de las rodillas, obligándola a doblarse sobre el húmedo pavimento gris. Le inmovilizó las manos detrás de la espalda con una soga y le amordazó la boca con un trapo blanco, interrumpiendo la cadena de débiles insultos que la menor profería. Hacía todo con calma y firmeza, evitando mirarla a los ojos.

Una vez cumplido con su deber, el captor se irguió y retrocedió unos pasos, tomando lugar junto a sus compañeros, que, uno junto al otro... aguardaban.

Traidores.

Había dos personas más, arrodilladas junto a ella. Una mujer de mediana edad y un niño, demasiado agotado para seguir llorando. Ellos también estaban atados y amordazados... ellos también eran prisioneros. Al ver al pequeño, la joven sintió las primeras lágrimas calientes descender por su rostro, haciéndole picar los ojos.

Se negaba a morir así: con las muñecas en llamas por la aspereza de la soga y la lengua comprimida incómodamente por el trapo que le impedía hablar. Así... en el medio de la nada... traicionada, abandonada. No, no podía tener una muerte tan desilusionante, no lo aceptaría.

Tiene que haber algo..., se autoconvencía, buscando con la mirada a su alrededor. *¡Cualquier cosa!* En los libros siempre sucedía que, en el

momento más crítico, en el párrafo más desesperante, aparecía un objeto útil o un héroe para salvar la situación... Vamos, ¿dónde estaba su deus ex machina cuando lo necesitaba? ¿Realmente estaba destinada a terminar de esa manera...?

Un sonido repentino interrumpió su desesperado escrutinio. Provenía del cielo. Comenzó como algo lejano, pero se acercaba... volviéndose más amenazante y brusco a cada momento. Hasta que terminó invadiendo por completo las calles desoladas de los alrededores. Hasta que terminó siendo el único ruido que se podía oír en el mundo.

Los tres prisioneros alzaron los ojos simultáneamente, al ver como la noche parecía oscurecerse aún más a su alrededor. Lo vieron pero no lo entendieron, quisieron rezar pero supieron, en ese momento, que lo único en el cielo era lo que se avecinaba a toda velocidad. La mujer profirió un grito ahogado en su mordaza; el niño agachó su cabeza y cerró los ojos... rendido. La muchacha, presa por el misticismo de su propia muerte, logró hallar torpemente el equilibrio para ponerse de pie y recibir así, de pie, a esa oscura ságoma que se reflejaba en sus pupilas dilatadas: a ese cuerpo inmenso que, con las alas estiradas, descendía del cielo para buscar sus ofrendas.

Capítulo 2

El ser observaba la niebla a través de la ventana de aquella mansión inexistente. No había mucho más por ver: en el cielo, en el suelo, e incluso en algunos pasillos internos... la niebla lo reinaba todo.

A sus espaldas, la joven humana despertó de un sueño sin sueños. Se tiró a sentar despacio y permaneció así: con la mirada vacua sobre el vacuo empapelado de la pared, con la frazada que daba picazón y la sábana que estaba siempre demasiado fría cubriéndole las piernas.

Despertarse a la inexistencia es un concepto muy raro, pensó... no por primera vez. Si no hubiese estado deprimida habría incluso escrito un par de palabras al respecto, pero como lo estaba, simplemente no hizo nada. No tuvo la fortaleza mental para retener el pensamiento inspirador. Dejó que se alejara y se convirtiera en niebla junto a las demás ideas no concretizadas que parecían formar ese mundo.

El ser y la humana permanecieron en silencio por varios minutos. Silenciosas e inexistentes: eran más parecidas de lo que pensaban.

Finalmente, el ser volteó a verla y, con una sonrisa lúgubre, dijo: —Feliz cumpleaños, Lucía.

Había una vez una mansión encantada en un mundo de dudosa consistencia. A simple vista parecía una construcción como cualquier otra, basada en la más clásica arquitectura victoriana, pero era, en realidad, un organismo viviente, lleno de terminaciones nerviosas y pulsaciones químicas.

Se erguía en una extensión de infinito prado azul, sin árboles ni riachuelos al alcance de la vista: solo pasto expandiéndose hasta el horizonte. Ante la entrada principal había un arco circular sostenido por dos gruesas columnas blancas, precedido, a su vez, por una breve escalinata de mármol. La fachada, como casi todo su interior, era blanca con detalles en un apagado azul marino. Se veía fría y majestuosa, como una lujosa trampa en el mundo de los sueños.

Su interior consistía en un incontable número de habitaciones deshabitadas, amplias, impersonalmente ordenadas. La biblioteca era inmensa, llena de libros de todos los géneros y todas las épocas, y la cocina contenía suficiente comida como para abastecer a un ejército de

mil hombres de por vida.

Como en cualquier otra mansión encantada, habitaban allí todo tipo de espectros... De los buenos, de los malos y de los inclasificables. Estaba tan infestada por diferentes energías, que a veces se sentían como electricidad respirable. Era ese, quizás, el sabor de los espíritus: un menjunje de humedad y electricidad que inquieta cada sentido humano.

Había una vez una joven humana llamada Lucía. No era realmente una princesa, ya que no vivía en un castillo, pero sí estaba atrapada en su propia versión de la torre más alta.

Lucía era una muchacha de estatura media, de contextura menuda, con una cabellera larga y enrulada. Sus ojos eran grandes, oscuros y apáticos. Era una persona taciturna, acostumbrada a no mediar palabra por días enteros.

No siempre había vivido allí, por supuesto que no. El mundo de los sueños no está hecho para los seres humanos, y menos aún, los de mansiones encantadas. No, sabía de provenir de un sitio muy muy lejano, con reglas muy distintas y con pasto verde. Verde. Sus posesiones más preciadas, de hecho, eran la manchada de confusos recuerdos que la transportaban, cuando se permitía sacarlos a la luz, a una vida completamente distinta.

No sabía cómo había hecho para terminar en la mansión encantada, ni por qué estaba allí. Un día, simplemente, se había despertado en una cama antigua, en un sitio que no era un sitio en sí, sabiendo una sola cosa sobre sí misma: se llamaba Lucía. Desde entonces ese había sido todo su mundo. Un mundo claustrofóbico, monocromático y melancólico, pero un mundo en fin.

Al principio había creído ingenuamente que quizás los espíritus con los que compartía hogar la habrían ayudado a entender un poco más sobre el mismo, pero esto, como era de esperarse, nunca había ocurrido. Principalmente porque no era capaz de verlos... no de frente al menos. Podía vislumbrarlos por el rabillo del ojo, o percibir el cambio de aire cuando uno pasaba junto a ella... A veces escuchaba los ecos de sus pasos o cadenas arrastradas en el pasillo frente a su habitación. Eran más parecidos a una sensación que a una presencia real, pero desde el principio le habían dejado algo en claro: sentían una aversión natural hacia las personas con vida. No podían dañarla, o nunca lo habían hecho al menos, por más amenazantes que se proyectaran algunos, pero tras su inútil intento de acercamiento inicial, había decidido evitarlos por todos los medios posibles. Prestaba particular cuidado en no pasar más tiempo del necesario en los pasillos conectores del edificio. Era como si el no hallarse en una habitación precisa la hiciese sentir más vulnerable, más...

atrapable.

La única otra habitante con vida era Alma.

Alma era... simplemente alguien que había estado allí desde que Lucía se había despertado, aquella confusa y lejana mañana en que todo había comenzado. Era como una especie de niñera, suponía, aunque no tenía bien en claro el por qué. Apenas intercambiaban un par de palabras al día; a veces, ni una. Se limitaban a estar... sin tener realmente algo que esperar.

Alma no era humana. Había alcanzado una mirada para que Lucía lo supiese, en su primer encuentro: había una diferencia abismal entre los ojos de un humano y los ojos de Alma. Algo en sus pestañas largas, quizás, o en el color miel de sus irises, que por momentos, parecía fundirse en su propia severidad. Era un color con movimiento. No sabía exactamente qué era -y jamás se habría atrevido a preguntárselo- pero admiraba tanto su belleza que a veces se encontraba a sí misma observándola, con un poco de desconfianza, con un poco de perplejidad. Como se observa un acertijo imposible de resolver.

Alma era alta, esbelta, de expresión severa. Llevaba el cabello pelirrojo cortado al ras. Al haber tenido toda su vida un pelo demasiado conflictivo para alguien a quien le daba pereza cuidárselo, Lucía casi soñaba con poder llevarlo así. Solo que no tenía las agallas de hacerlo: sabía que sin su larga cabellera escudándola del mundo se habría sentido demasiado... demasiado. Observaba a la mayor y se preguntaba, no sin cierta envidia, cómo alguien podía tener un cráneo tan simétrico. Tenía pómulos altos, una boca acostumbrada a no callar. Pero lo que Lucía más envidiaba de ella, en realidad, era su porte, su actitud. Parecía no temerle a nada.

Feliz cumpleaños, Lucía.

Atrapada aún en las musarañas del sueño, le había costado entender esas palabras. Recordaba lo que era un cumpleaños y había leído al respecto, por supuesto que sí, pero era tan difícil volver a asimilar el concepto del tiempo en un sitio sin calendarios ni relojes, que al principio su mente lo rechazó. Sabía que el tiempo era una fuerza temible e implacable... Ingrávida e incorpórea, capaz de arrasar con el universo mismo. Lo respetaba con una buena dosis de temor. Pero ¿por qué, de repente, tenía que darle importancia a ese día en particular? Y sobre todo ¿por qué no podía esperar hasta la mañana para ello?

Alma le ordenó de levantarse y de ponerse el vestido bordó con solapas blancas olvidado en el placar. Así hizo: se quitó el pijama y se puso el vestido, demasiado perpleja para protestar. Luego las medias y un par de borcegos viejos que siempre habían estado allí -sospechaba que los había

traído de su mundo original- y esperó más instrucciones.

—Vamos.

El cambio de temperatura entre su habitación y la del pasillo la hizo encogerse en sí misma. Estaba todo tan oscuro que era como estar ciega, así que agudizó los oídos, intentando seguir el sutil paso de la mayor. No se quedaría atrás, no señor. No de noche. Se enfocó en no dejarse distraer por los susurros a su alrededor: los espíritus buscaban que se perdiera.

No les daría el gusto.

Avanzaron silenciosamente, como siempre, sin mediar palabra.

¿Es algo bueno o malo cumplir años?, se preguntaba, un poco turbada. ¿Qué podía significar? Pero sobre todo... ¿Cuántos años cumplía? La sola pregunta hizo que su corazón se acelerara, aterrado. ¿Cuántos años tenía? ¿Quince, dieciséis? Hacía tanto que no miraba realmente su reflejo... ¿Cuándo había nacido? Tenía la sensación de que eso había sido mucho, mucho tiempo atrás.

No se detuvieron hasta llegar frente a la puerta de la biblioteca. Entonces, se dejó escapar un suspiro de alivio: la biblioteca era su lugar favorito. Era un terreno conocido, familiar.

Amaba las letras. Sentía hacia ellas una conexión profunda que no habría sabido explicar, pero creía que eran, de algún modo, una extensión de sí misma. Como si a través de ellas hubiese podido desintegrarse y convertirse en un infinito capaz de contener, en su interior, a otro infinito. A través de los libros podía conocer y viajar a mundos habitados por más humanos como ella, y los había de todos los tipos: algunos eran incluso apasionantes. Le gustaba pensar, para no desmoronarse en su monotonía, que se encontraba en el interior de un libro, y que lo que vivía era simplemente el prólogo, que algún día aparecería un personaje y le contaría algo que cambiaría su vida. Que le daría un sentido a tanta vacuidad.

Alma golpeó la puerta tres veces y prosiguió. Perpleja, Lucía se apresuró a seguirla, pero la mayor se interrumpió con brusquedad y volteó a verla, impaciente. —Mi tarea era acompañarte. Ahora tenés que entrar por tu cuenta.

—¿Por qué me trajiste acá?

—Porque así tenía que ser —fue la escueta explicación que recibió, antes

de ser dejada nuevamente atrás.

Observó cómo Alma volvía a alejarse, sin atreverse a seguirla nuevamente.

¿Y ahora...?

Volvió a centrar su atención en la puerta blanca.

Estaba demasiado, demasiado oscuro para quedarse ahí sola...

Hacía mucho frío.

Respiró hondo. Posó su mano en el pomo dorado y lo giró, enfrentándose a lo que fuese que aguardara allí adentro.

La biblioteca era grande, pero de algún modo contenía un poco de la calidez que le faltaba al resto de la mansión. Las alfombras rojas y las paredes blancas contrarrestaban con los empapelados de tonalidades azules que predominaban en el edificio. Era un salón de techo alto, con tres grandes ventanales que daban a la noche abrumadora del mundo exterior, y una gran chimenea encendida, cuyo fuego parecía irrumpir con calor y luz entre tanta tiniebla. El resto de las paredes estaban tapadas por estantes repletos de libros. En el centro del salón, había diez filas de muebles con más estantes, hechos con un tipo de roble fuerte y grueso, destinados a soportar el peso de los miles de mundos que contenían.

Lucía había deslizado sus dedos por los dorsos de aquellos libros una infinidad de veces, buscando en ellos algún tipo de contacto humano. No había leído ni una décima parte de los que había, aunque se enorgullecía de haber terminado un número considerable.

Ante el ventanal del medio había una mesa ratona de vidrio, rectangular, rodeada por un sillón largo y dos individuales. El fuego de la chimenea les daba de frente, creando la ilusión de un sitio más grande, como si las paredes sumergidas en la noche estuviesen en realidad mucho más lejos de lo que estaban de día. Como si se hubiesen alejado para dar más intimidad.

Sobre la mesa, una pequeña torta circular, cubierta de chocolate y coronada por frutillas. La llama de una única velita negra con un pequeño moño rojo, en el medio de la torta, resplandecía a pesar de la ostentosa luz que llegaba de la chimenea.

Había tres personas ocupando los sillones.

Lucía permaneció de pie en el umbral de la puerta, incapaz de reaccionar.

—Adelante —la invitó a pasar un joven desde uno de los sillones individuales.

Era, sin duda, la persona más sorprendente que Lucía había visto. Aunque en realidad ¿cuándo había sido la última vez que había visto a otro ser viviente que no fuese Alma, después de todo...?

En un primer momento no supo distinguir si era hombre o mujer. Era tan perfectamente ambiguo en todas sus facciones, que su belleza iba más allá del género. Su piel era tersa y tan oscura cuanto sus grandes y penetrantes ojos negros. Inmaculada, como porcelana opaca. Su nariz no era chiquita y simétrica como la de Alma, pero se veía aún mejor, en su rostro, con su piel suave, con su llamativa boca. De su cabeza partían pequeñas trenzas hechas con su pelo rizado, evidenciando la belleza exótica de su perfil. Usaba botas negras, pesadas e imponentes, y un simple atuendo oscuro.

—Te estábamos esperando. —Miraba a Lucía con amabilidad, probablemente consciente de lo intimidante que podía verse ante los demás.

La aludida no se movió. Su corazón latía alocadamente: hiperventilaría. Estaba tan sorprendida y exaltada a la vez, que temía padecer una especie de ataque al corazón por el mero hecho de estar en presencia de otros seres vivientes. La idea la entusiasmaba, pero le hubiese gustado saber de esa reunión con antelación para prepararse mentalmente a ella. ¿Por cuánto tiempo había estado esperando, ese momento? Ahora, que finalmente había llegado, no se sentía capaz de afrontarlo.

—Tomá asiento, por favor.

¿Y si mejor corría de regreso a su habitación y se escondía debajo de su cama? No era un plan tan descabellado, si lo pensaba, pero como no estaba segura que lograría encontrar su cuarto sin nadie que la guiara en la oscuridad, se limitó a cerrar la puerta con cuidado, dejando la húmeda noche afuera. Luego caminó, despacio, hasta el único sillón que quedaba libre. Tomó asiento y posó su mirada en la mesita de vidrio, evitando cualquier tipo de contacto visual con los demás. Comenzó a rascarse disimuladamente la piel que rodeaba las uñas de sus pulgares en un gesto nervioso.

—Mi nombre es Kaem —se presentó el joven hombre. Tenía una voz grave, pero reconfortante—. Creo que ellos no necesitan presentaciones... ¿cierto?

Finalmente Lucía volteó a ver a su derecha, intentando comprender a lo que se refería.

El sillón largo estaba ocupado por dos personas.

La más cercana era una niña. No tenía nada particularmente llamativo, más allá de lo pequeña que era y del color rojizo de su cabello largo. Tenía un flequillo recto y ojos verdes, pero de algún modo oscuros, como el verde de un bosque después del atardecer. Eran, quizás, ojos demasiado suspicaces para alguien de su edad. Miraba a Lucía con una sonrisa llena de nerviosismo y curiosidad. Usaba un simple vestido negro que llegaba hasta sus rodillas regordetas.

El otro sujeto era bastante más extraño. E inquietante. Era alto, corpulento. Vestía traje negro, camisa blanca y corbata. Zapatos y guantes de cuero. Eso, de en realidad, no era lo más llamativo de su aspecto. No, lo que lo volvía un sujeto extremadamente desconfiable era que llevaba el rostro completamente cubierto por una máscara lobuna. Iluminada, esa noche, por el resplandor que emanaba la chimenea. El plástico fruncido en la trompa del supuesto animal y las dos bolas negras donde deberían haber estado los ojos podrían haber sido material para la pesadilla de cualquier niño. O adulto.

Ni se lo escuchaba respirar.

Al verlos, Lucía sintió una molesta sensación en el pecho... Como una garra, oprimiendo con fuerza.

—¿Por qué usa una máscara...? —no pudo evitar preguntar con un hilo de voz.

—No tiene cara —fue la simple respuesta que recibió.

—Ah.

—Es una historia graciosa, en realidad —prosiguió Kaem—, te basaste en una máscara que viste en una tienda de disfraces cuando eras chica. Te asustó tanto, que a la noche temías que apareciera flotando al lado de tu cama.

De pronto, Lucía fue capaz de ver lo que esas palabras evocaban. Vio al mundo mucho más grande y alto, en un local parcialmente iluminado por el atardecer, y por encima de ella, vio una serie de aterradoras máscaras situadas en fila en un escaparate. No logró verse a sí misma, pero pudo sentir sobre su cabeza el sombrero de bruja que había elegido como su disfraz para la fiesta de... del siguiente sábado.

Luego se encontró a sí misma en un cuarto oscuro, familiar, pero que en ese momento le parecía lleno de formas amenazantes. Frente a sus ojos, estaba la máscara del lobo que había visto esa misma tarde, levitando... esperando a que se durmiera.

—Mi nombre es Samanta —la voz suave de la niña la devolvió al presente—. Es un gusto conocerte... finalmente.

—¿Quiénes son ustedes...? —preguntó Lucía, desconcertada por las imágenes que habían acudido a ella—. ¿Por qué querías conocerme?

Samanta frunció el ceño. —¿Por qué...? ¿No es obvio?

Lucía suspiró, incómoda. —No tengo recuerdos. No sé quién soy, y mucho menos quienes son ustedes.

—Somos los personajes de tu libro... ¿realmente no recordás?

Capítulo 3

II

Ocurrió tan rápido que fue como si una tormenta eléctrica hubiese estallado en la biblioteca, arrastrando a Lucía a su núcleo más violento. Los libros a su alrededor volaron en diferentes direcciones, la lluvia descendió sobre ella sin piedad, fría y agresiva; los truenos la aturdieron, los relámpagos la cegaron. Por un momento se sintió envuelta en el caos más absoluto. La realidad que hasta entonces había creído omnipotente se le derrumbó encima, desarmándola como un camino de dominó que cae antes de ser completado.

Sin embargo, todo eso sucedió únicamente en su interior. Por dentro padecía la confusión y el desorden de un auténtico huracán. Por fuera, apenas había movido levemente la comisura de sus labios en un pequeño tic.

Qué extrañas que son las emociones humanas, no pudo evitar pensar, desacostumbrada como estaba a vivirlas en su piel. Era desconcertante realizar el caudal de intensidad que podía sentir en su pecho. Al inicio, curiosamente, se enfocó en ese hecho. Luego... recordó.

Su libro.

Su libro.

Claro que lo recordó. Las doscientas cincuenta y tres páginas estallaron en su memoria junto a una serie de imágenes y de palabras. La niña en la hoguera: así había llamado a su Odisea literaria.

Bajó lentamente la mirada, esforzándose por respirar hondo y mantener la calma.

Si hubiese podido elegir con qué recuerdo despertar en su primera mañana en la mansión, en vez de su nombre, habría elegido ese: había escrito un libro. Y ese libro, en los dos años que había tardado para construirlo y moldearlo detalladamente, había sido el todo que le había impedido derrumbarse ante la insatisfacción de su día a día.

No se recuperó a sí misma, no aún. Pero recordar la devoción con la que lo había escrito fue, quizás, el primer paso para recuperar su parte más

esencial.

Volvió con la vista a la pequeña de cabello negro, esta vez, viéndola en serio. —Samanta... —necesitó decir el nombre en voz alta, sintiendo como su personaje volvía a circular vívidamente en su memoria.

Samanta era la buena, la protagonista de su historia.

Entonces se puso bruscamente de pie, al realizar quién era el sujeto con la máscara espeluznante. El malo, el antagonista literario.

Tenía que alejarse de él. Ya.

—No te va a dañar, te lo prometo —la tranquilizó Kaem—. Vuelve a sentarte, por favor.

Le creyó; quizás por el tono calmo que había empleado, quizás porque era evidente que el que manejaba la situación era él. Quizás porque sentía las piernas demasiado temblorosas para huir... pero, tras dudarlo un instante, se dejó caer nuevamente en el mullido sillón rojo.

Hubo silencio. Silencio y el crepitar del fuego. Más que nunca, Lucía sintió la magnitud del espacio exterior. A través del ventanal del medio, el único con la cortina descorrida, se veía únicamente un largo rectángulo de negrura. Sintió la magnitud del descampado que rodeaba la mansión y eso la preocupó, porque también sentía la magnitud de la mansión en sí, y la magnitud de lo que estaba viviendo. Samanta y el Lobo deberían haber sido bidimensionales: personajes creados por la mente inquieta de una adolescente con problemas para socializar. Sin embargo, desafiaban estas verdades sentándose, inmutables, a pasos de ella.

—Esto es absurdo —declaró entonces. Se refería a su vida, a su todo en general.

Esa conclusión, de algún modo, le dio un poco de la paz que los engranajes sobrecargados de su cerebro estaban necesitando.

—Lo es —asintió Kaem.

—¿Estoy soñando?

—Todos lo estamos.

—¿Eso qué quiere decir?

Kaem paseó su mirada por la biblioteca, reflexivo. Luego volvió a Lucía. Era increíble el ímpetu que tenían esos ojos cuando te observaban. —No

voy a poder explicártelo si no recordás quién sos.

Por algún motivo, sus palabras le hicieron bajar la mirada como una niña regañada. —¿Y cómo hago? —No pudo evitar rebelar una nota de desesperación en su voz.

—Voy a devolverte tus recuerdos... en su debido momento. Esta amnesia fue tan necesaria para tu mente como una buena noche de reposo ante un día agitado. A veces se necesita un poco de oscuridad para funcionar bien. Me entendés, ¿no?

—Creo que sí... ¿Pero dónde te conocí? ¿Dónde está el resto del mundo?

Un tiempo había tenido una casa en un mundo coherente: ahora estaba del todo segura de ello. Una casa, con una familia y todo... el paquete completo. Por un momento, hasta casi le pareció de poder escuchar el eco de la voz de una madre, despertándola para ir a clases. ¿O quizás se estaba dejando sugestionar?

—El resto del mundo no nos concierne ahora —contestó pacientemente Kaem—. Y nos conocimos en un momento... especial. No provengo de tu mismo mundo, como tampoco ellos. —Indicó a los otros invitados con un gesto. Permanecían en silencio, obedientes.

—Pero... ¡Pero ellos no existen, en realidad! O n-no deberían...

—Sin embargo, acá están.

Lucía abrió la boca para cuestionarlo, pero no se le ocurrió cómo contrarrestar esa simple lógica.

—Este sitio, esta mansión —prosiguió Kaem—, está atrapada en el tiempo. Te traje a este lugar con el fin de que entendieras ciertos hechos sin que nadie se entrometiera. Necesitabas madurar antes de comenzar la transmutación. Eras demasiado joven cuando te conocí.

—¿Transmutación...? No entiendo. No entiendo nada de lo que decís.

—Nadie te culparía por eso.

—Pero... —prosiguió Lucía, desesperada por acaparar información—. ¿Fuiste vos, cierto? ¿Vos me trajiste a esta mansión?

—Sí, bajo tu petición.

Le costó asimilar esas palabras. ¿Estaba en ese mundo desolado por su

propia voluntad? ¿De qué terrible lugar provenía, entonces...?

—No puedo creer que yo elegiría algo así... —masculló débilmente. Su vida era deprimente y vacía. Aterradora.

Kaem se puso de pie y se dirigió hacia los estantes colmados de libros. No lo dudó: sabía exactamente dónde se hallaba el ejemplar que buscaba. Lo agarró y regresó a su lugar. Se lo entregó a Lucía, que lo aceptó con cautela.

Era un volumen de aproximadamente trescientas páginas, a juzgar por su espesor. Negro, de tapa aterciopelada, sin título ni nombre del autor a la vista.

—Feliz cumpleaños —le dijo simplemente Kaem—. Este es un libro muy muy importante, escrito por una persona que me es muy querida. Te va a ayudar a recordar. Ahora creo que deberías apagar la velita... Pedí un deseo.

Lucía observó la pequeña llama que aún resplandecía, aparentemente bajo el mismo hechizo que el fuego de la chimenea: no estaba sujeto a las reglas del tiempo. Una horrible realización se apoderó de ella. —Este no es el primer cumpleaños que paso acá... ¿cierto?

—Efectivamente no. Es el tercero.

—¿Cuántos... años tengo?

—Diecinueve.

Lucía apagó la vela de un soplido, sin desear nada. Sintiendo el peso de los tres años que hasta entonces parecían haber estado suspendidos en su rutina, se atrevió a cruzar la mirada con Kaem, repentinamente más vieja, endurecida. —¿Qué querés de mí?

La respuesta que recibió volvió a dejarla sin palabras.

—Quiero que seas mi discípula.

El mundo estaba calmo, calmo en el sentido más reconfortante que tienen algunos días grises. Desde la ventana de su habitación, Lucía se dedicaba a admirar la vastedad del cielo nublado. Era una tarde ideal para disfrutar del silencioso sobresalto que le causaba sentirse tan pequeña ante a algo

tan inmenso.

Tres días atrás habría dicho que el cielo era el cielo, tan simple como eso, sin dignarle de una segunda ojeada. No habría reflexionado sobre el infinito y esas cosas porque su mundo era demasiado pequeño para eso. Pero desde su cumpleaños algo parecía haberse despertado en ella, justo en su pecho, entre los pulmones, quizás. Una bestia que se desperezaba con calma después de un largo letargo.

Volteó a ver el libro que reposaba en su cama, desafiándola a leerlo. Estaba ahí porque en los últimos días lo había agarrado varias veces con la intención de comenzar, pero su determinación menguaba ni bien la ansiedad, cuan desagradable y vil parásito, se instalaba en la boca de su estómago, devorando toda su seguridad. La curiosidad la carcomía, la obsesionaba, -incluso había soñado con abrir el libro para descubrir que se había olvidado de cómo leer- pero la idea de recuperar tantas cosas olvidadas la llenaba de un angustioso temor. A veces, reflexionó, el miedo puede ser tan vasto como ese cielo gris.

Paseó la mirada por el resto de la habitación. Si se detenía a pensarlo, no sabía por qué la odiaba tanto, en realidad. Tenía sus propias estanterías repletas de libros hermosamente escritos. El empapelado floreado parecía estar hecho para ese tipo de días y la cama a baldaquín era tan pintoresca y cómoda que, quizás no debería haberse sentido afortunada, no, pero debía admitir que podría haber estado atrapada en lugares peores. Era un sitio espacioso, cómodo, elegante. Antes, en su vieja vida, habría sentido dicha por dormir en un lugar así.

Ahora lo sabía.

Entonces, volviendo a observar la uniformidad grisácea en la que se había convertido el firmamento, no pudo evitar preguntarse, con una cadencia inexorablemente sincera en su voz interior, cuándo se había vuelto tan cotidiano para ella estar tan triste y apagada todo el tiempo. Es normal sentirse mal de vez en cuando, pero ¿qué pasa cuando deja de ser un sentimiento pasajero para convertirse en un estilo de vida? ¿Cuándo deja de seguir una fórmula en la que cierta acción o hecho es correspondida por una natural y lógica reacción, para convertirse en algo uniforme, en algo omnipresente en una persona?

Esto pasa, se respondió Lucía con amargura, apretando los puños. Yo paso.

¿Cómo podía no haberse dado cuenta, antes, que no era sano hacerse tan pocas preguntas? ¿Cómo había hecho a aceptar, tan tranquilamente, el saber tan poco sobre sí misma?

Volver a recordar el libro que había escrito la había conmovido profunda e irrevocablemente. Era como si la sangre hubiese recommenzado a correr por su cuerpo... Sangre cálida, bombeada por un corazón que exigía respuestas.

Se acercó a su cama, agarró el libro y lo miró con decisión. Luego tuvo una mejor idea. ¿Por qué no...? De día no era peligroso caminar por la mansión... O eso esperaba. Otra de las cosas que nunca había hecho, adormecida por la apatía, había sido salir del edificio. Simplemente porque no había realmente nada, allá afuera.

Aire, se corrigió compungida. Afuera hay aire. Aire puro, aire de verdad.

Era hora de volver a respirar.

Salió de su habitación y cerró la puerta cuidadosamente a sus espaldas, como quien no quiere despertar a los demás inquilinos de la casa. En cierto sentido era así.

Se dedicó un momento a contemplar el pasillo: largo... infinito. Había un par de cuadros colgados en las paredes, que, por desconfianza, Lucía siempre se cuidaba de evitar mirar. Lo inquietante sobre ellos, en realidad, era que no representaban personas, si no a la misma mansión. Las pinturas al óleo retrataban rincones o detalles agrandados del misterioso edificio.

Ahí, de pie con su vestido celeste y sus infaltables borcegos negros, parecía mimetizarse con el empapelado y las paredes. Como si no hubiese estado en la mansión, como si hubiese sido la mansión. Una partecita de ella.

Reprimió un escalofrío y decidió continuar. No dejaría que el miedo le arruinase un día tan prometedor. Aferrándose a tal pensamiento, caminó despacio, un paso tras el otro, esforzándose por no mirar el suelo. Así se cruza el infinito: un paso tras otro, con la cabeza alta.

Al final del pasillo se podía virar hacia la derecha, donde había otros cuartos iguales al suyo, o virar hacia las escaleras. Se preguntó si alguien aparecería, si alguien la detendría.

¿Alma, quizás?

Descendió las elegantes escaleras tapizadas, sintiendo, de algún modo, de estar vislumbrando la mansión por primera vez. Quizás era realmente así... El aire mismo, de hecho, se sentía diferente. Menos cargado, menos contaminado. ¿A caso tenía algo que ver con el cambio interior que estaba

atravesando...?

No sólo le pareció un sitio agradable a la vista, si no que se encontró a sí misma admirándolo.

¿Y la humedad?, no pudo evitar preguntarse. Estaba todo tan limpio y fresco... Como si esa mañana se hubiese despertado en un lugar idéntico estructuralmente, pero por el resto, completamente diferente. Volvió a cruzar otro pasillo, igual al anterior, solo que con más puertas. Había demasiadas puertas cerradas... ¿Cuántos secretos ocultarían?

Quizás este lugar es donde las personas locas vamos a parar, se dijo Lucía. Quizás está lleno de personas pero no nos podemos ver los unos a los otros, por eso nunca siento de estar realmente sola. Quizás en este pasillo somos varios los que caminan, los que vagan, los que buscan salir al mundo.

Descendió la última rampa de escaleras, presa de una extraña tranquilidad, con tantos pensamientos, tantas teorías e ideas, que casi sentía el regocijo de su mente por volver a estar tan activa. Eso le devolvía un poco del control que le había faltado por tanto tiempo. Claro que podría salir afuera. Nadie la detendría porque no estaba haciendo nada malo...

El hecho era que con la breve conversación que habían mantenido, Kaem había desencadenado el caos más puro en su memoria. Voluntaria o involuntariamente, los recuerdos volvían a aparecer en su mente, haciéndole revivir trozos de una vida que hasta entonces, desconocía. Por ejemplo, ahora sabía con seguridad que antes habría amado la mansión azul. Con todos esos libros, toda esa soledad.

Había sido una reunión breve. Alma había reaparecido sin necesidad de ser llamada, para regresarla a su cuarto, sana y salva. Lucía le había dedicado una última mirada a Samanta, que en respuesta, había alzado la mano en señal de saludo. Nos volveremos a ver, parecían decir sus ojos.

Para entrar a la mansión debías cruzar dos inmensas puertas blancas, pertenecientes a un gran salón, del cual partían tres rampas de escaleras que llevaban a diferentes extremidades del edificio. Lucía descendió por el lado derecho, con la mirada fija en el majestuoso candelabro de cristales romboidales que pendía del techo.

Al ver las puertas, su pecho se hinchó de aire y de emoción.

Era un momento extremadamente importante porque no recordaba, literalmente, la última vez que había estado afuera. Lo anhelaba. El cambio en su persona ya había comenzado, y su alma anestesiada le imploraba de no echarse atrás, ni ante la duda, ni ante el temor: lo que

fuese que el destino le deparase, era mejor de lo que había vivido en los últimos tiempos.

Pensó que la puerta estaría cerrada o trabada. Que pesaría. En cambio se sintió ligera... cómplice. Como si hubiese accedido a concederle un bocado de libertad como regalo de cumpleaños atrasado.

Así fue como, tan sencillamente, salió de la mansión.

La primera impresión que tuvo fue que había demasiada luz. Por suerte era un día nublado, por lo que, superado el primer impacto, no se sintió como una luz agresiva para sus ojos habituados al encierro. La brisa suave que iba y venía envolvió su cuerpo como un abrazo, otorgándole una sensación de euforia que jamás debería ser olvidada. Miró su entorno con los ojos abiertos de par en par, emocionada. Todo al alcance de su vista era azul marino. Y el aroma a pasto, el aroma a tierra, a naturaleza... era sencillamente embriagador.

Se encontraba en el medio de un descampado, en el medio de la nada.

Era ella en el centro del mundo.

Llenó sus pulmones de aire puro, de una manera un tanto exagerada, varias veces. Su cuerpo exigía más y más: no parecía alcanzarle. Quería tirarse en el prado, rodar, correr, gritar. Era una euforia que la consumía. La tristeza la había estado desintegrando, pero la felicidad, en ese momento, la estaba consumiendo.

Estoy loca, se dijo. Ahora lo recuerdo: estoy completa e irrevocablemente loca.

Así que se largó a correr, con toda su locura, colina abajo, el libro negro en una mano, el cabello largo enredándose en su cuello... el viento.

¡El viento!

Se sentía tan bien, tan refrescante, tan purificador... Había salido de la mansión, después de tanto tiempo de encierro, volvía a ser libre, estaba afuera, despertando, redescubriéndose, estaba... ¿gritando? ¡Sí! Era tan bello sentir un impulso tan incoherente y seguirlo, así, sin más. Tres días atrás había tenido frente a sus ojos a los personajes que había creado con sus propias palabras. Así que, ¿por qué no gritar? La Lucía que había sido un tiempo estaba regresando, y ella no aceptaba tanto silencio, tanta pasividad. Una chispa de impotencia y rabia se encendió, en alguna parte de su pecho, y gritó, le gritó a esa extraña vida, a la tranquilidad, al asfixiante silencio, a la abusiva oscuridad, a ese mundo absurdo... a todo.

Gritaría y correría hasta recuperarse a sí misma.

Lo que sintió, algunos minutos después, cuando sus pulmones y sus piernas no pudieron proseguir, fue libertad. Se dejó caer sobre el pasto azul y permaneció con su corazón latiendo frenéticamente, agitada y acalorada, entusiasmada. Cada tanto soltaba alguna risita incrédula. Volvía a sentirse joven... una niña.

Se quitó los borcegos y las medias. El pasto estaba frío, suave y perfecto. Era terapéutico sentirlo en los pies. Se tendió en el suelo y observó el cielo gris.

Entonces, ya que su mundo se había agrandado un poco, se descubrió pensando nuevamente en la magnitud del cielo. Aunque ¿era necesario que fuese tan vasto para que a ella le resultase inmenso? Los pasillos de la mansión le habían parecido infinitos, pero ella los había atravesado y su perspectiva había cambiado.

La idea le causó cierta incomodidad. Un cielo sin límites es intimidante, eso se sabe, pero uno con límites es sencillamente aterrador. Solo que... ¡Dios! ¡Era tan frustrante entender tan poco!

Abandonó su cabeza a un costado, dejándose escapar un suspiro. El libro acaparó toda su visual.

Si no aprovechaba ese momento, estaba segura, no volvería a animarse.

Tenía que leerlo, mientras aún fuese de día.

Inspiró y exhaló varias veces, para darse fuerza. La naturaleza a su alrededor la estaba ayudando muchísimo más de lo que podía entender. Los seres humanos no nacen para estar encerrados; eso era algo que estaba aprendiendo de a poco, de la manera difícil. Estaba asimilando, sin anestesia, que estaba viva. Adormecida, loca y temerosa, pero así y todo, estaba viva. El encierro en la mansión, entre tanta oscuridad y olvido, la había convertido en una versión de sí misma que antes habría despreciado. Una vez digerido eso los sentimientos de culpa se apoderarían de ella. Lo mejor que podía hacer, entonces, para remediar y no sentirse abrumada, era buscar una salida. Y para eso tenía que recordar.

Volvió a sentarse, con las piernas cruzadas. Agarró el libro y acarició la suave tapa negra. Luego lo abrió a la mitad, cerró los ojos y aspiró el olor a papel condensado, a encierro, a tranquilidad.

Estaba lista.

La primera página era totalmente blanca. En la segunda había un título, escrito a mano, en cursiva. La caligrafía le resultaba un poco familiar, pero por el pasar del tiempo se veía bastante borrosa. Mamushka, decía. Nuevamente, no había nombre del autor a la vista. Eso ya de por sí era sospechoso... Escribir un libro es un orgullo: ¿quién dejaría pasar la ocasión de firmar su propia obra?

Pasó a la siguiente página, para encontrarse con el clásico y reconfortante Times New Roman, tamaño 12.

Antes de empezar a leer, observó nuevamente su alrededor. No se había alejado tanto, pero la mansión se veía más chiquita desde donde estaba.

No quería volver ahí. Nunca.

El extraño pasto azul la rodeaba y la brisa le daba ánimos. Todo en ella era un manojo de curiosidad e impaciencia, quizás incluso emoción. Por lo que sabía, era el único ser humano en los alrededores.

¿Y qué hace una persona que está completamente sola en el mundo?

Lee.

Capítulo 4

III

Una vez un desconocido le hizo un retrato.

Era un joven estudiante de Bellas Artes. Estaba practicando para su clase de realismo, atravesando una época de pura obsesión con hallar el mejor modo de otorgarle expresividad a las miradas, cuando la pequeña llamó su atención. Le gustaba retratar a gente desconocida porque eran un desafío más grande que aquellos con los que estaba familiarizado. Además -y esto quizás no se lo contaría nunca a nadie- con el pasar del tiempo, cuando se dedicaba a observar sus viejos dibujos y se encontraba con esas personas que jamás había vuelto a ver, se sorprendía con la vaga sensación y ocurrencia de haber sido él, a crearlos. Como si no hubiesen sido simples anónimos que había decidido representar, si no sus propias ideas: individuos salidos de su intrínseca imaginación.

El parque se hallaba en una zona céntrica: era el mejor sitio para sentarse tranquilo a practicar. Desconectar, como le gustaba decir a él, después de un largo día de encierro en los salones de la facultad. Especialmente con el comienzo del otoño haciéndolo sentir tan vivo.

Suponía que sus horarios de universitario y los de la escuela primaria coincidían, ya que eran varios los niños en el parque que podía recordar o incluso reconocer. Solía fijarse más en los ancianos que los acompañaban... Sus líneas de expresión, sus arrugas, los pozos debajo de sus ojos... Le encantaba plasmar la huella del tiempo en el papel. A esa niña hiperactiva, no obstante, no la acompañaba una abuela o una tía, sino una chica adolescente que, a juzgar por las similitudes, debía ser su hermana mayor.

Nunca les había prestado particular atención, a decir verdad, pero ese lunes la niña tenía algo diferente. En vez de estar jugando y descargando energía despreocupadamente como los demás niños, había optado por quedarse sentada al lado de su acompañante que, como siempre, la ignoraba para perderse en la pantalla de su celular.

La niña estaba quieta, insólitamente quieta, con la vista fija frente a sí, las manos juntas sobre su regazo, la mirada perdida... extraviada.

Sus ojos pálidos...

Fue la mecha de ese pensamiento lo que lo hizo abandonar su distraído retrato de un árbol para voltear a una página en blanco y comenzar a

delinear la forma de esos ojos absortos. No se había percatado de haber estado observando a la niña hasta que sintió la necesidad de dibujarla.

Tenía ojos almendrados, de un celeste muy claro, pálido, en ese momento ausentes, probablemente debido a la intensa introspección de la niña.

Lo suyo era dibujar a personas que transmitiesen algo, sin, obviamente, necesidad de palabra alguna, y en ese día tan gris y silencioso, la niña le transmitía una profunda e inocente soledad.

¿Habría sucedido algo en su casa?

De sus ojos pasó a delinear la nariz, rodeada por una constelación de adorables pecas, y luego al contorno del rostro. Se convertiría en una chica muy bella. Bella y adinerada -a juzgar por el uniforme de la costosa escuela privada que solía llevar-; cualquiera habría dicho que estaba destinada a una vida cómoda y llena de satisfacciones. Su cabello era algo entre el castaño y el pelirrojo. Lacio y largo, impecable como el resto de ella.

Para el artista se convirtió en un verdadero desafío transmitir lo que emanaba la niña en ese momento. Parecía estar en sintonía con la melancolía del día, pero era más que eso: había cierta determinación en su semblante, como si en su fuero interno hubiese estado debatiendo de temas muy serios.

El artista amaba dibujar. Amaba dibujar más que cualquier otra cosa en el mundo. Amaba observar a la gente, desarmarlos con la mirada, rearmarlos en el papel, entenderlos... Entender sus inseguridades, plasmar sus peculiaridades, inmortalizarlos. Sumergido en su tarea, intentando darle suavidad a las mejillas de la pequeña, recordándose de trazar esa línea que partía del cuello, de no olvidarse el arito de perla en la oreja derecha, se sentía entusiasmado. No sabía por qué ese cambio rotundo en el comportamiento de su musa momentánea, pero no le importaba realmente.

En ese momento la pequeña no era un ser humano en carne y hueso: era arte.

Una breve pero fría brisa le puso la piel de gallina. Lucía alzó por un momento la mirada del libro, hacia ese cielo tan polémico, tan... Había algo en él que simplemente no terminaba de convencerla. Era una idea graciosa, si lo pensaba, pero junto a su curiosidad se había despertado también su costumbre de cuestionarlo todo. Y, -había que decirlo- el

mundo en el que vivía era muy cuestionable.

Descendió nuevamente la mirada hacia la página, del prólogo al primer capítulo.

El truco para hacer pasar el tiempo es no pensar en que estás pasando el tiempo en absoluto. Olvidarte del tiempo como la regla principal que manipula nuestras vidas y volverlo una verdad modificable.

Sara hacía mucho eso. Cerraba los ojos, se repetía sus propias reglas y al volverlos a abrir, veía todo de una forma diferente. Los bordes ya no eran tan puntiagudos y lo sólido se podía doblar. Ni siquiera ella sabía qué significaba todo eso, pero de algún modo, lo entendía.

A veces escuchaba a Dios bostezar. Como atea tampoco tenía mucho sentido, exceptos en determinados momentos en los que sentía que... sí, lo tenía.

Era domingo y no trabajaría. Llovía. Buscaba que el tiempo pasara pero no pasaba. Quería drogas pero se le habían acabado, así que decidió escribir.

Su casa era su refugio, su lugar en el mundo. Su cueva, como le gustaba llamarla. Era un monoambiente situado en el barrio de Once; por fuera el edificio se veía algo olvidado y deteriorado, pero por dentro, el departamento 4 al menos, era pulcro. Pequeño pero cálido, prolijo y práctico. Estaba dividido en tres espacios: su habitación, la cocina y el baño. Su habitación era un rectángulo con dos puertas, una semipuerta - así llamaba ella a la cortina de Betty Page que introducía la cocina- y una ventana. Una puerta daba al pasillo que conectaba los departamentos de ese piso; la otra al diminuto baño que, no obstante eso, era perfecto para una persona sola. La ventana daba a la calle, a la avenida siempre atestada de gente.

A los pies del sommier había un perchero con rueditas rebosante de ropa. Comenzó a pasar las prendas en busca de algo apropiado para escribir. Necesitaba producirse como la persona que quería interpretar: necesitaba creer en esa persona.

Encontró la camisa marrón gastado que había comprado en una feria americana la semana anterior; se la puso, abrochando hasta el último botón del cuello. Buscó en el primer cajón de la cómoda sus anteojos de marco antiguo, y se ató el pelo en una cola desordenada.

Puso a calentar el agua para un té. Mientras se calentaba el agua, se observó atentamente en el espejo a cuerpo entero junto a la cortina de

Betty Page. Había heredado la altura de su madre: apenas llegaba al metro sesenta. Su cabello era largo hasta los hombros, minuciosamente decolorado hasta quedar totalmente blanco. Tenía una boca pequeña y labios finos, nariz puntiaguda, piel pálida y pecosa. Sus ojos claros parecían más chicos debido a los grandes cristales de los anteojos.

La camisa le llegaba hasta las rodillas, por lo que no habría necesidad de usar pantalones... menos un domingo.

"Soy escritora" se dijo seriamente. "Una solitaria mujer que se mudó hace tres años de la fría Rusia por amor a un pintor argentino. Rompimos a los seis meses pero decidí quedarme". Esa era su historia. La historia que había creado para escribir mejor. "Estoy en el medio de mi tercera novela. La primera la escribí a los quince años. La segunda, a los veinticuatro. Ahora, con veintinueve, estoy escribiendo la que me va a dar de comer". Necesitaba un poco de drama para escribir con más ardor. "Estoy sola y hambrienta y aún tengo el corazón roto. Terminar esta novela va a ser lo único que me va a salvar de la depresión".

Mientras pensaba en estas palabras, su semblante se tornó más serio, más... consciente. De la vida y de sus vueltas extremas. De las diferencias que hay entre un continente y el otro, de lo igual de mezquinos que somos los seres humanos. Una misma raza. Sus ojos cambiaron porque de repente vieron el mundo. Su mente cambió porque sabía que lo único que le impedía volverse loca era su amor y respeto por las letras. Claro que no se aburriría un domingo lluvioso: era el día perfecto para hacer lo que más le gustaba. Cada vez faltaba menos... Unos pocos capítulos más y empezaría a mandar su libro a las editoriales. Esta vez era la definitiva, sí... lo lograría.

Lo sentía en sus entrañas.

Se sentó frente al escritorio adosado a la pared bajo la ventana, posando la taza humeante de té negro al lado de la computadora portátil. La abrió y espero que terminara de encenderse con la mirada fija en las gotas de agua que repiqueteaban contra los vidrios, desprendiéndose del cielo gris para caer en su mundo gris. Pensó en la inspiración, en lo que significaba. Así que abrió un nuevo documento word y escribió:

<<La inspiración es algo que no logro atrapar. Puedo rozarla, pero se escurre de entre mis dedos. Es aire. Aire que late como un tambor al lado de mis oídos. Es un recuerdo que quiere aparecer, pero está bloqueado por un muro de ladrillos rojos. Es este calor que se siente como una caricia. Se tropieza en mis letras torcidas.

Está cerca pero nunca va a ser del todo mía. Entonces pienso: Está bien, te daré de comer de mis manos, estos líos míos que me ensucian de tinta. Si te acercás, esta vez no voy a intentar encerrarte en una jaula. Si

decidís quedarte, prometo preparar café. Negro, sin azúcar, cargado de drama, como te gusta a vos>>.

Bien. Luego copiaría el texto a mano, en su cuaderno de escritos no relacionados con su libro.

Su libro...

La idea se le había ocurrido cuando aún vivía en Rusia, pero por falta de inspiración lo había comenzado recién en Argentina. ¿Qué mejor que cambiar de aires para reanimar la inspiración? Tras haber terminado con su turbulenta relación, se había sentado a tomar un café en un bar, con sus bolsos armados a las apuradas debajo de la mesa, intentando disimular sin éxito las insistentes lágrimas que llamaban la atención de los que pasaban. No quería ser un espectáculo, aunque sentía que se derrumbaría. Entonces había agarrado una servilleta y había garabateado en ella, con, por supuesto, una de las lapiceras que siempre llevaba consigo:

<<Finalmente... Estoy lo suficientemente triste como para volver a escribir>>.

Desde ese momento las palabras habían aparecido como luces titilantes en su mente.

Había recommenzado su vida mudándose a un modesto monoambiente con su gato, sola esta vez, para terminar la novela.

El archivo estaba suelto en el escritorio. Lo abrió para releer lo último escrito, pero entonces Vladimir apareció a su lado y maulló en busca de su atención.

Era un gato esfinge color piel. Se lo había regalado un pretendiente de la otra Sara cuando el michino tenía apenas tres semanas de vida. Era el gran amor de su vida -de todas las personalidades de Sara-, con esos ojazos grises y las adorables orejitas de murciélago. Lo agarró y lo sentó en su regazo, mimándolo suavemente para que se quedara quieto. Era un animal muy inteligente, de mirada penetrante y uñas afiladas. Era cariñoso, pero sólo cuando tenía ganas, y eso estaba bien. Su dueña era igual de arisca que él.

Rascándole distraídamente detrás de la oreja, Sara, la escritora rusa, releyó:

<<La otra noche tuve un sueño raro. Soñé que caminaba por un bosque encantado, un lugar aislado del resto del mundo donde el único ser vivo era yo. Habría podido llamarse "El bosque extraviado," pero ya que se

encontraba en Ningún Lado, era razonable que no tuviera nombre.

Un minuto antes estaba en mi cama, con la cara sobre la almohada, intentando ignorar las sombras que supuestamente eran producto de mi imaginación, y al otro minuto me encontraba en un sitio desconocido, rodeada de árboles.

La naturaleza a mi alrededor asumía formas amenazadoras: los árboles inclinados parecían estar a punto de caerse sobre mí, como si hubiesen querido atraparme con sus ramas desnudas y arrastrarme bajo tierra, transformándome en una más de sus intrincadas raíces. Raíces humanas.

Empecé a caminar. Estaba perdida, quería volver a casa, necesitaba ayuda. Tenía puesta una simple remera grande y vieja que me hacía de camión, temblaba de frío, aunque si el barro tibio que ensuciaba mis pies y piernas me daba un poco de alivio. En algún momento debía de haber llovido, mucho. Me hubiese gustado tirarme y embarrarme completamente, hundirme en esa manta de calor, pero presentía que el barro también habría querido tragarme. Lo importante era no quedarse quieta: seguir, seguir, seguir hasta hallar una salida.

Caminé y caminé, pero el paisaje que dejaba atrás no parecía cambiar. Caminé y caminé, hasta que la luz del sol le cedió el lugar a la luz de la luna. Caminé y caminé, hasta que empecé a preguntarme si saldría viva de allí. Caminé y caminé... hasta que lo vi.

No era muy alto, pero su presencia imponía respeto entre los otros árboles. En el medio de todos esos colores apáticos, sus rosas eran un incendio de un fuego violento, arrasador. Sus ramas parecían finas lianas que caían hacia adelante, ocultando el tronco de un verde muy oscuro, como si fuese los tallos de todas las rosas juntos. Cada rama estaba rodeada por rosas del mismo rojo intenso, que se subseguían como una escalera de caracol, cayendo hacia abajo solemnemente.

Lo observé fascinada. La vista era sorprendente: el árbol era de una belleza devastadora.

Me acerqué, insegura. Y no sin cierto recelo, acaricié los pétalos de la rosa más cercana. Temía que al tocarla sucediese algo, tal vez que hubiese una pequeña explosión, o algo igualmente dañino. Pero sólo sentí su suavidad... era muy agradable al tacto. Las ramas llegaban hasta el piso; las corrí delicadamente, para poder pasar dentro de esa cúpula roja y gozar de su protección.

El interior parecía ser otro mundo. Inmediatamente me embargó un sentimiento de seguridad que jamás había sentido antes. Había una tenue

luz roja creada por el color de las rosas.

Tenía espacio suficiente para estar de pie, pero me recosté contra el tronco, sobre el pasto que en algún momento había tomado el lugar del barro.

Qué raro, ni me había dado cuenta.

El perfume intenso que me rodeaba cautivó mis sentidos. Aún sin comprenderlo, supe que no era una buena idea estar mucho tiempo allí, después de todo era mi sueño, y algo me dijo que si cerraba los ojos y me abandonaba a sentir ese aroma suave pero penetrante, no lograría despertar jamás. Pero por un ratito no sucedería nada... ¿Y qué más daba? Las ganas de regresar a un estado consciente estaban desapareciendo junto con mi voluntad de encontrar un motivo que me incitara a volver a casa.

Cerré los ojos, respirando profundamente.

"¿Existís?" le pregunté al árbol.

"Sólo si vos lo deseás" fue su respuesta.

"Lo deseo..." murmuré.

Lo deseaba con toda mi alma. Ahora estaba a salvo.

Escuché un trueno provenir del exterior, luego, la lluvia caer cruelmente sobre el bosque. Era un sonido lindo, yo estaba a salvo de cada gota de agua: las rosas eran mi escudo protector. Hasta la oscuridad me parecía dulce. Me acunaba lentamente, para que pudiera dormirme en paz.

"Lo deseo" repetí débilmente. Empezaba a sentir sueño.

"Y vos: ¿existís?"

"Realmente no lo sé" bostecé. "Pero ya no me importa más."

"A mí tampoco."

"¿Me vas a matar?"

"Sí."

"Gracias."

Estuvimos en silencio por un rato. Mi cuerpo temblaba, no obstante el frío hubiese desaparecido. Un par de gotas saladas resbalaron por mis

mejillas.

"Estás llorando."

"Sí".

"¿Tenés miedo?"

"No."

"No tengas miedo."

"No lo tengo".

"No llores más."

"¿Cuándo me voy a morir?"

"Pronto."

"¿Va a doler?"

"Sólo si vos lo deseás."

Cerré los ojos y suspiré profundamente, entristecida. "Lo deseo."

"Así será, entonces."

"Pero antes quiero saber una cosa: ¿estoy soñando?" pregunté. Ya no podía ni abrir los ojos por el cansancio. Las palabras eran demasiado pesadas para mis labios, pero tenía que liberarlas.

"¿Cambia algo el saberlo?"

"Quisiera entender si éste es un sueño o una pesadilla. O la realidad. Nunca los puedo diferenciar..."

"Esta es tu realidad. Estás en un sueño, pero no soy yo quien lo maneja. Yo te voy a matar, tal vez te despiertes, tal vez no. Cada rosa que te protege esta noche es el alma de una persona que maté. Los árboles del bosque, en vez, son almas que se rindieron antes de llegar a mí."

"¿Quiere decir que ninguna persona que cruzó este bosque salió con vida? Si yo me muero ahora, entonces nadie se va a enterar de tu existencia... eso no es justo. En mi mundo nadie te conoce, o sea que no existís. Yo quiero que existas, siempre. Quiero escribir sobre vos. Así vas a existir."

Había hablado sin pensar, pero ahora me preguntaba qué era lo que determinaba si un lugar existía o no. ¿Existía sólo cuando estaba en los recuerdos de una persona? ¿Cuando alguien lo había visto? ¿Cuando alguien pensaba en él? Intenté imaginarme la nada, algo oscuro, sin cielo ni tierra, sin tecnología ni naturaleza.

¿Cuántos lugares había así, en el universo? Sitios que el ser humano nunca había pisado, vírgenes de cualquier pensamiento lógico... ¿Tenía sentido todo eso?

"¿Un lugar existe sólo cuando el ser humano le da un sentido?" expresé mi duda en voz alta.

"Existo en tu cabeza. Fuiste vos a darme un sentido."

"¿Y las personas que vinieron a morir antes que yo?"

"Quizás existieron porque ahora estás pensando en ellas."

"¿Entonces una persona existe sólo cuando otra le da un sentido?"

"Quizás."

Volví a callar.

"Yo quiero que existas..."

"Dormí, ahora."

Y así hice, sabiendo que me estaba pidiendo de morir.

Me desperté en mi pieza, traspirada, con el corazón que latía muy fuerte. Afuera llovía, estaba todo oscuro.

Me senté en este mismo escritorio y empecé a escribir, a narrarle a un lector invisible mi extraño sueño.

¿Por qué?

Simple.

Árbol, ahora existís>>.

Bebió un sorbo del té. Su libro trataba de tres chicos y de sus extraños poderes, con los cuales debían salvar el mundo. De una poderosa comunidad oculta en Buenos Aires. De un malvado despiadado obsesionado con fusionar las diferentes caras de la realidad. Nada

realmente revolucionario.

Sara Neutra utilizaba a Sara Escritora Rusa para desahogar su aburrimiento, y Sara Escritora Rusa utilizaba a la joven escritora de su historia para desahogar su depresión.

Posó los dedos sobre algunas letras del teclado, lista para continuar, pero entonces... golpearon a la puerta.

Qué raro.

No esperaba a nadie.

Antes de poder descubrir quién había interrumpido la inspiración de Sara, Lucía sintió la mano de alguien sobre su hombro. La tomó tan desprevenida que necesitó un momento para recuperarse del sobresalto.

Era Alma. Con su cabeza rapada y su ropa de cuero; con su fría, indiferente, inhumana mirada color miel. —Es hora de volver —ordenó.

Lucía volvió a mirar su entorno, desorientada. Los nubarrones grises se estaban tiñendo de negro: pronto llovería. No quería volver, no.

Necesitaba seguir leyendo.

Tragó saliva. —¿Por qué?

—En breve va a oscurecer del todo.

No necesitó más explicaciones. Por un ratito había sido una mujer independiente con una computadora y un hermoso gato. Una mujer con un perchero lleno de ropa variada, que jugaba a convertirse en una joven rusa cada vez que se sentaba a escribir. Había sido libre y había vivido en un mundo real.

Cargando un dolor mucho más grande del que lograba comprender, cerró el libro y se puso de pie, dispuesta a volver a esa mansión que, desde afuera, volvía a verse como un edificio oscuro y olvidado... deshabitado.

Capítulo 5

IV

El humo se desprendía de la boca roja del cigarrillo en un beso hecho de cenizas, bajo la atenta mirada de la mujer de cabello blanco. Levitaba hacia arriba para luego desvanecerse en la nada, tan similar a las emociones humanas que era imposible no pensar en metáforas. La joven mujer, Sara, fumaba perdida en sus cavilaciones, recostada en su cama con una botella de cerveza sobre la cómoda y el cenicero a su lado, sobre el acolchado. Se relajaba un rato antes de salir a trabajar.

La última luz del día se filtraba a través de las rejillas de las persianas para posarse diagonalmente en la pared vecina. Sara amaba los rectángulos casi anaranjados que se dibujaban a esa hora de la tarde: había algo en ellos que la llenaban de paz. También se perdía en la contemplación de las diminutas partículas de polvo que brillaban al ser tocadas por los últimos restos del sol, flotando sutilmente al igual que el humo, desapareciendo ante la mirada de la solitaria persona que hallaba consuelo en esas cosas inconsistentes.

Reinaba el silencio y la tranquilidad. Vladimir dormía hecho un ovillo en un almohadón sobre la silla del escritorio: parecía una bola rosa hecha de pliegues.

Había sido después del quinto cigarrillo.

Al principio la sola idea le había parecido ridícula y no había querido perder más tiempo pensando en ello, pero después del quinto cigarrillo, cuando ya no era tan consciente de lo que pensaba, había llegado a una inevitable conclusión: su casa debía estar embrujada.

Lo consideraba sin miedo, como quien tiene que ocuparse de una invasión de hormigas o cucarachas. No creía realmente en los fantasmas... pero sí creía en las energías. Y en su casa, en los últimos tiempos, la energía había cambiado. Era algo sutil, como cuando uno llega a su hogar y abre las ventanas de par en par para que entre aire fresco. Bueno, lo que ella sentía, por más que abriera la ventana por horas, era olor a encierro. Ni siquiera olor... Le costaba identificar el adjetivo, pero sin duda percibía el encierro, sino a través del olfato, a través de la piel. Y no solo eso: también habían comenzado a suceder cosas raras.

Lo más llamativo era que golpearan a la puerta de su casa. No importaba cuán rápido ella se apresurase a abrir... nunca había nadie. Sí, podía ser un bromista o un enfermo acosándola, pero ¿por qué nunca escuchaba

pasos alejándose? Bien: o el sujeto en cuestión podía entrar en la categoría de los pesos pluma, o...

Cuando se asomaba y miraba a ambos lados del corredor, inquisitiva, la pálida luz del techo llenaba el pasillo del edificio de una manera tenue y un tanto tétrica, evidenciando esa extraña sensación que tenía de que sí, alguien había golpeado su puerta, y no, no se había ido. Solo que era invisible.

Esa semana había ocurrido cuatro veces, ya. La última había sido la noche anterior, a las cuatro de la mañana. Sara había abierto y se había quedado un minuto en el pasillo, con la piel de gallina en los brazos queriendo advertirle que algo raro, efectivamente, estaba sucediendo.

Eso no era todo. Por momentos tenía la extraña sensación de que alguien la observaba. En su propia casa, cuando sabía a ciencia cierta que Vladimir y ella eran los únicos presentes. Nunca le había pasado algo así... Ni siquiera sus padres habían ido a visitarla desde que se había mudado, con diecinueve años. Las visitas estaban estrictamente prohibidas, lo había dejado en claro desde el principio.

Suponía que si el espíritu de un muerto hubiese infestado el lugar, se habría hecho sentir un tiempito atrás. Si no le gustaba la idea de compartir la casa con ella... Bueno, había llegado diez años tarde.

A Sara la obsesionaba tener todas las puertas cerradas. Últimamente y sin explicación aparente, encontraba la puerta del baño abierta y la cortina que daba a la cocina, descorrida. Eso la ponía de muy mal humor.

¿Y los sueños...? Si tenía alguna duda, le bastaba pensar en los extraños sueños que habían comenzado a poblar sus noches. Sí, definitivamente estaban sucediendo cosas extrañas. Sara sentía que algo buscaba llamar su atención. A veces lo sentía como una presencia pícara, incluso infantil, pero había veces en las que, como la noche anterior -cuando el golpeteo en su puerta se había convertido en un ruido horriblemente insistente- la embargaba la realización de estar tratando con, lo que sea que eso conllevase... algo enojado.

¿Cómo deshacerse de eso?

Cuando volvió a dirigir su mirada hacia la pared, descubrió que los rectángulos de luz habían desaparecido. Se tiró a sentar con desgana, apagó el cigarrillo ya consumido en el cenicero y bebió el último trago de cerveza que le quedaba.

Era hora de prepararse.

Se agachó para pescar debajo de la cama sus zapatos preferidos: unos borcegos con plataforma que la hacían verse quince centímetros más alta. Se cambió de ropa interior; del conjunto deportivo al enterito de encaje y se puso una pollera negra de cuerina y un top a juego. Ya había decidido esa mañana la ropa que usaría para salir.

Se maquilló en el baño pero observó el resultado final en el espejo a cuerpo entero junto a la cortina: su aleado capaz de mostrarle cómo se veía ante resto del mundo. Ojos negros y labios bordó. Pelo desordenado. Ropa que cubría lo justo y necesario para dejar a la vista sus veintinueve tatuajes... Uno por cada año que había pasado en la Tierra.

Se gustaba a sí misma, por supuesto. Desde pequeña la gente le había hecho notar lo bella que era. Desde pequeña, los hombres - independientemente de su edad- habían volteado a verla. Desde pequeña, había utilizado su belleza para ganar cosas.

Le sonrió a su reflejo y volvió a sentarse en la cama.

De todos modos, pensó, mientras subía la cremallera de un borcego, los cuerpos están sobrevalorados. Por más que apreciara el perfecto mecanismo que de hecho, era, le costaba mucho tomar en serio su cuerpo cuando no se sentía realmente parte de él.

Se inclinó para alcanzar la caja con sus cigarrillos armados de la cómoda, pero entonces... se oyeron golpes en la puerta.

Al principio se sintió demasiado sorprendida para asustarse. Se puso bruscamente de pie, envainando un frío y firme: —¿Quién es? —con la mirada fija en la llave colgando de la cerradura. El osito de peluche que usaba como llavero se balanceaba casi imperceptiblemente.

Otros golpes.

¿Qué diablos...?

Se precipitó con el ceño fruncido, usando su impaciencia como escudo ante el temor. Al rodear la llave con sus dedos delgados, se le ocurrió algo: en vez de girarla en la cerradura la sacó del hueco y se agachó para espiar hacia afuera.

Como había pensado: no había nadie. A menos que se hubiese hecho a un costado.

Se rió con incertidumbre... todo era demasiado raro. Entonces volvió a encajar la llave, la giró en el mecanismo dos veces y abrió la puerta de

par en par.

El pasillo, como había podido ver, estaba vacío. Los focos de luces de tubo emanaban una luz débil, como siempre, haciéndole competencia a los efectos de cualquier película de terror. Esperó unos segundos a que ocurriera algo, a que apareciera alguien... en vano.

—Adiós, fantasma. —Cerró la puerta a sus espaldas, convencida de que por el momento la intrusión había terminado, pero cuando atinó a cerrar con llave, la puerta pareció sacudirse como si hubiese sido golpeada con fuerza. Se dejó caer encima con todo su peso, antes de que el intruso lograra ingresar. Sintió como el miedo, tan inusual en su persona, tomaba consistencia, desde sus extremidades hasta el centro de su pecho. La puerta volvió a sacudirse bajo su cuerpo.

El osito del llavero ahora oscilaba como un péndulo.

La noche se instalaba plácidamente en los pulmones de la mansión. La lluvia caía con insistencia en el techo, tan uniformemente que hasta se parecía al silencio. La oscuridad, espesa e implacable, se deslizaba por los pasillos como una ola despiadada, dispuesta a sumergir y ahogar todo cuanto se encontrara a su paso. Se agazapaba debajo de los muebles, se colgaba de los estantes, se deslizaba de un pasillo a otro, para terminar condensándose alrededor de una vela encendida en una habitación perdida.

Lucía leía.

Sus ojos seguían los renglones de la página con afán, como una persona hambrienta que se apresura a engullir lo más posible de un banquete de la manera más rápida. Ese libro era su banquete y las palabras se le escapaban de la comisura de los labios, en su torpe intento de calmar su hambre de saber... su hambre de entender. De ser.

Era raro porque aún no tenía del todo en claro cuál era exactamente la trama del libro sin autoría a la vista. No era un libro de amor, ni de fantasía, ni de terror, exactamente. ¿De suspenso, quizás...? Simplemente trataba sobre una mujer de prácticamente tres décadas siendo acechada por... algo. Si bien en los últimos capítulos la curiosidad de Lucía había crecido notablemente, tenía que afrontar los hechos: era probable Kaem ni siquiera supiera de qué trataba la historia... Solo había elegido un libro al azar para burlarse de ella. No había nada en esas páginas que activase sus recuerdos, ni una sola pista sobre su pasado, ni sobre quién había

sido. Nada.

No obstante eso, había picado el anzuelo. Necesitaba saber qué pasaría con la mujer, desde lo más profundo de su ávida alma lectora. Porque algo, definitivamente, estaba a punto de ocurrirle. Y, si tenía que ser honesta, con el ritmo al que iba, terminaría el libro para la madrugada, tuviese algo que ver con su memoria perdida o no.

Toc toc toc.

Alzó la vista hacia la puerta, anonadada. Sí, alguien estaba golpeando.

Como ocurría en el libro... Como le ocurría a Sara.

Toc toc toc.

Inspiró hondo, completamente paralizada por el miedo: nunca nadie había golpeado a su puerta de noche.

En su cabeza, existían dos tipos de personas. Las que reaccionaban rápido y las que no. Las que huían en busca de un refugio y las que, como ella, se quedaban sentadas en la cama, esperando su muerte.

La puerta se abrió. Despacio al principio, revelando de a poco a quien, casi con timidez, había decidido visitarla a esa hora de la noche.